

verla y la habló de la vida futura. Respondió con un gesto desdenoso que desconfiaba del otro mundo. «Me asegura usted—dijo—que el que lo ha hecho es el mismo que ha hecho este mundo. Ya sé de sobra cómo trabaja.» Pues bien, doctor: tengo, por lo menos, tanta desconfianza como la señora de Dupont-Delagneau.

—¿No ha soñado usted nunca—preguntó el doctor—con la inmortalidad por la ciencia, la inmortalidad en los astros?

—Vuelvo al pensamiento de la señora Dupont Delagneau. Me acongojaría mucho suponer que las constelaciones de Altair ó Aldebaran se parecieran al sistema solar; no valdría la pena del cambio. Respecto á renacer en esta bola, ¡gracias, doctor!

—¿De veras no quiere usted, como la señora Pechin, ser inmortal de una ó de otra manera?—preguntó el doctor.

Después de reflexionarlo mucho, contestó el señor Bergeret:

—Me contento con ser eterno, y lo soy, en mi esencia. En cuanto á la conciencia de que disfruto, es un accidente, doctor, un fenómeno de un instante, como las burbujas que se forman en la superficie del agua.

—De acuerdo. Pero no hay que decirlo—replicó el doctor.

—¿Por qué?—preguntó Bergeret.

—Porque semejantes doctrinas no son oportunas para la mayoría, y porque hay que hablar

como la multitud, si no se piensa como ella. La comunidad de creencias hace fuertes á los pueblos.

—Lo que es cierto—repuso el señor Bergeret—es que los hombres, animados por una fe común, no encuentran nada tan urgente como exterminar á los que piensan de otro modo; sobre todo si la diferencia es muy pequeña.

—Vamos á oír tres discursos—dijo el señor Mazure.

Pero el señor Mazure se engañaba. Se pronunciaron cinco discursos, de los cuales nadie oyó una palabra. Los gritos de «¡Viva el ejército!» estallaron al paso del general Cartier de Chalmot. El señor Leterrier y el señor Bergeret fueron perseguidos por la gritería de la juventud nacionalista.

IX

Una húmeda noche del mes de Mayo, las señoras de Brecé, en el gran salón, hacían labores de punto para los niños pobres. La vieja señora de Courtrai, en pie, de espaldas á la chimenea, alzándose las faldas se calentaba las pantorrillas. El señor de Brecé, el general Cartier de Chalmot y el señor Lerond hablaban, esperando la hora de comenzar su partida de *whist*.

El señor de Brecé abrió un periódico de la víspera, que había sobre la mesa.

—Las hostilidades no han empezado seriamen-

te—dijo—entre España y América. ¿Cuáles son sus previsiones sobre el éxito de la guerra, general? Me gustaría mucho conocer sobre este asunto la opinión de un militar tan eminente como usted.

—Seguramente, sería para nosotros una fortuna—dijo el señor Lerond—conocer la opinión de usted sobre el estado de las fuerzas que van á medirse en las Antillas y los mares de China.

El general Cartier de Chalmot se pasó la mano por la frente, y, abriendo mucho la boca antes de hablar, dijo con autoridad:

—Declarando la guerra á España, los americanos han cometido una imprudencia que podría costarles cara. No teniendo ni ejército de tierra ni ejército naval, les será difícil sostener la lucha contra un ejército aguerrido y marinos experimentados. Tienen fogoneros y mecánicos, pero esto no constituye una escuadra de guerra.

—¿Cree usted en el éxito de los españoles?—preguntó el señor Lerond.

—En principio—respondió el general—el éxito de una campaña depende siempre de circunstancias que no es posibles prever; pero desde ahora podemos comprobar que los americanos no están preparados para la guerra, y la guerra exige una larga preparación.

—¡Vaya!, general—exclamó la señora de Courtrai—, díganos usted que los bandidos americanos serán vencidos.

—Su éxito es problemático—respondió el ge-

neral—. Es más: me atrevo, también, á decir que sería paradójico, representando una insolente contradicción de todo el sistema en uso en las naciones esencialmente militares. En efecto: la victoria de los Estados Unidos sería la crítica en acción de los principios adoptados en toda Europa por las autoridades militares más competentes. Un resultado semejante no es de prever, ni de desear.

—¡Qué gusto!—exclamó la señora de Courtrai, golpeando con sus huesudas manos sus viejos muslos, y sacudiendo sobre la cabeza su cabellera gris, como si fuese un gorro—. ¡Qué gusto! Nuestros amigos los españoles quedarán victoriosos. ¡Viva el rey!

—General—dijo el señor Lerond—, presto á sus palabras atención suma. El éxito militar de nuestros vecinos sería acogido favorablemente en Francia; y ¿quién sabe si no determinaría en nuestro país un movimiento realista y religioso?

—Permítame usted—dijo el general—que no asegure nada del porvenir. El éxito de una campaña, como dije ya, depende de circunstancias imposibles de prever. Me limito á considerar la calidad de los elementos que luchan. Desde este punto de vista, la ventaja pertenece indiscutiblemente á España, aunque no dispone de bastante número de unidades navales.

—Algunos síntomas—dijo el señor de Brecé—parecen indicar que los americanos empiezan á arrepentirse de su temeridad. Asegúrase que es-

tán consternados. Todos los días esperan ver asomar los acorazados españoles en las costas del Atlántico. Los habitantes de Boston, de Nueva York y de Filadelfia huyen en masa al interior del país. El pánico es general.

—¡Viva el rey!—exclamó con alegría salvaje la señora de Courtrai.

—¿Y la joven Honorina—preguntó el señor Lerond—, sigue siempre favorecida por las apariciones de Nuestra Señora del Sotillo?

La duquesa viuda de Brecé respondió algo azorada:

—Siempre.

—Sería muy de desear—repuso el antiguo magistrado—que se instruyera un proceso verbal sobre las revelaciones que hace aquella niña, relativas á lo que ve y oye en sus éxtasis.

Ninguna contestación hubo para este deseo, por la razón de que habiendo un día emprendido la tarea de anotar con lápiz las frases atribuidas por Honorina á la Santísima Virgen, la señora de Brecé tuvo que dejar de escribir, porque la niña empleaba palabras muy feas. Además, el cura Travies, que andaba todas las noches á caza de conejos en el bosque Lenonville, sorprendía con demasiada frecuencia á Isidoro y Honorina recostados sobre una cama de hojas secas, para que pudiera dudar aún de que aquellos mozaletes hicieran todo el año lo que en torno suyo los animales hacían en una sola estación. El señor Travies era cazador furtivo. Pero no pecaba ni por

sus costumbres ni por su doctrina. Dedujo de sus observaciones repetidas, no ser creíble que la Virgen se apareciese á Honorina.

Se lo participó á las señoras del castillo, que se quedaron, si no convencidas, por lo menos turbadas. Por eso cuando el señor Lerond pidió detalles precisos sobre los últimos éxtasis, cambiaron de conversación.

—Si desea usted noticias de Lourdes—dijo la duquesa viuda, las tenemos.

—Mi sobrino—dijo el señor de Brecé—me escribe que los milagros se reproducen con abundancia en la gruta.

—¡ambién lo he oído decir á uno de mis oficiales—dijo el general—. Es un muchacho de mérito que ha venido admirado de lo que en Lourdes ha visto.

—Ya sabe usted, general, que los médicos de la piscina, dan testimonio de muchísimas curas milagrosas.

—No es necesaria la opinión de los sabios para creer en los milagros—dijo la señora de Brecé, con una sonrisa ingenua—. Tengo más confianza en la Virgen que en los médicos.

Luego hablaron del Proceso. Se admiraban de que el sindicato de traición demostrara una audacia no castigada. El señor de Brecé expresó con gran energía este pensamiento:

—Cuando dos Consejos de guerra han sentenciado, no puede existir la menor duda.

—Ya sabe usted—dijo la señora de Brecé—que

la señorita Doniseau, la iluminada del departamento, ha sabido por boca de Santa Radegunda que Zola se haría naturalizar italiano y no volvería á Francia.

Esta profecía fué acogida con gozo.

Un criado entró el correo.

—Quizá sabremos noticias de la guerra—dijo el señor de Brecé, desdoblado un periódico.

Y en medio de un profundo silencio leyó en voz alta:

—«El comodoro Dewey ha destruído la escuadra española en el puerto de Manila. Los americanos no han perdido ni un hombre.»

Este telegrama causó gran abatimiento en el salón. Sólo la señora de Courtrai, con actitud tranquila, exclamó:

—¡No es cierto!

—El telegrama—objetó el señor Lerond—es de origen americano.

—Sí—dijo el señor de Brecé—. No hay que fiarse de falsas noticias.

Cada cual imitó esta prudencia.

Sin embargo, aquella revelación inesperada entristeció el espíritu de todos, que imaginaron la escuadra bendecida por el papa, el pabellón del rey católico, ennobleciendo las proas de sus naves con los nombres de la Virgen y de sus santos desamparados, destruídos por los cañones de aquellos vendedores de cerdos, de aquellos fabricantes de máquinas de coser, herejes, sin rey, sin príncipes, sin pasado, sin patria, sin ejército.

X

El señor Bergeret hallábase preocupado por sus asuntos, y temía caer en desgracia, cuando recibió la noticia de su ascenso, en su nueva casa de la plaza de San Exuperio, en el instante en que menos lo esperaba. Sintió una alegría más grande de lo que parecían permitirle sus progresos en ataraxia. Concibió vagas y halagadoras esperanzas, y estaba muy sonriente cuando por la noche el señor Goubin—su discípulo predilecto desde la traición del señor Roux—fué á buscarle á su casa para ir con él, según costumbre, al café de la Comedia.

La noche estaba muy estrellada. El señor Bergeret, al pisar las piedras puntiagudas de la calle, miraba al cielo. Y como era muy aficionado á la astronomía, con la punta del bastón señaló al señor Goubin una hermosa estrella roja sobre Los Gemelos.

—Es Marte—dijo—. Quisiera que hubiese anteojos bastante potentes para observar á los habitantes de ese planeta y sus industrias.

—Pero, querido maestro—indicó el señor Goubin—, ¿no me decía usted, hace poco tiempo, que el planeta Marte no está poblado, que los universos celestes están inhabitados, y que la vida, al menos tal como la concebimos, debe ser una enfermedad propia de nuestro planeta, un

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1925 MONTERREY, MEXICO